

1

Marx hoy

I

En 2007, menos de dos semanas antes del aniversario de la muerte de Karl Marx (14 de marzo) y a pocos pasos de distancia del lugar con el que está más estrechamente asociado en Londres, la Round Reading Room del Museo Británico, se celebró la Semana del Libro Judío. Dos socialistas muy diferentes, Jacques Attali y yo, estábamos allí para presentarle nuestro respeto póstumo. Sin embargo, si tenemos en cuenta la ocasión y la fecha, aquello era doblemente inesperado. No podemos decir que Marx muriera habiendo fracasado en 1883, porque sus obras habían empezado a hacer mella en Alemania y especialmente entre los intelectuales de Rusia, y un movimiento dirigido por sus discípulos estaba ya captando al movimiento obrero alemán. Pero en 1883, aunque poco, había ya suficiente para mostrar la obra de su vida. Había escrito algunos panfletos extraordinarios y el tronco de un importante volumen incompleto, *Das Kapital*, obra en la que apenas avanzó durante la última década de su vida. «¿Qué obras?», inquiriría amargamente cuando un visitante le preguntaba acerca de sus obras. Su principal esfuerzo político desde el fracaso de la revolución de 1848, la llamada Primera Internacional de 1864-1873, se había ido a pique. No ocupó ningún lugar destacado en la política ni en la vida intelectual de Gran Bretaña, donde vivió durante más de la mitad de su vida en calidad de exiliado.

Y sin embargo, ¡qué extraordinario éxito póstumo! Al cabo de veinticinco años de su muerte, los partidos políticos de la clase obrera europea fundados en su nombre, o que reconocían estar inspirados en él, tenían entre el 15 y el 47 % del voto en los países con elecciones democráticas; Gran Bretaña era la única excepción. Después de 1918 muchos de ellos fueron partidos de gobierno, no sólo de la oposición, y siguieron siéndolo hasta el final del fascismo, pero entonces la mayoría de ellos se apresuraron a desdeñar su inspiración original. Todos ellos existen todavía. Entretanto, los discípulos de Marx crearon grupos revolucionarios en países no democráticos y del tercer mundo. Setenta años después de la muerte de Marx, una tercera parte de la raza humana vivía bajo regímenes gobernados por partidos comunistas que presumían de representar sus ideas y de hacer realidad sus aspiraciones. Bastante más de un 20 % aún siguen en el poder a pesar de que sus partidos en el gobierno, con pocas excepciones, han cambiado drásticamente sus políticas. Resumiendo, si algún pensador dejó una importante e indeleble huella en el siglo xx, ése fue él. Entremos en el cementerio de Highgate, donde están enterrados los decimonónicos Marx y Spencer —Karl Marx y Herbert Spencer—, cuyas tumbas están curiosamente una a la vista de la otra. Cuando ambos vivían, Herbert estaba reconocido como el Aristóteles de la época, y Karl era un tipo que vivía en la parte baja de la ladera de Hampstead del dinero de su amigo. Hoy nadie sabe siquiera que Spencer está allí, mientras que ancianos peregrinos de Japón y la India visitan la tumba de Karl Marx, y los comunistas iraníes e iraquíes exiliados insisten en ser enterrados a su sombra.

La era de los regímenes comunistas y partidos comunistas de masas tocó a su fin con la caída de la URSS, y allí donde aún sobreviven, como en China y la India, en la práctica han abandonado el viejo proyecto del marxismo leninista. Cuando esto ocurrió, Karl Marx volvió a encontrarse en tierra de nadie. El comunismo se había jactado de ser su verdadero y único heredero, y sus ideas se habían identificado ampliamente con él. Incluso las tendencias marxistas o marxistas-leninistas disidentes que establecieron unos cuantos puntos de apoyo aquí y allí después de que Khrushchev denunciase a Stalin en 1956 eran casi con toda certeza excomunistas escindidos. Por

consiguiente, durante gran parte de los primeros veinte años después de su muerte, se convirtió estrictamente en un hombre del pasado del que no valía la pena ocuparse. Algún que otro periodista ha llegado incluso a sugerir que el debate de esta noche trata de rescatarlo de «la papelera de la historia». Sin embargo, hoy en día Marx es, otra vez y más que nunca, un pensador para el siglo XXI.

No creo que deba hacerse demasiado caso de un sondeo realizado por la BBC en el que, según los votos de los radioyentes británicos, Marx fue el más grande de todos los filósofos, pero si escribimos su nombre en Google, comprobamos que sigue siendo la mayor de las grandes presencias intelectuales, superado sólo por Darwin y Einstein, pero muy por encima de Adam Smith y Freud.

En mi opinión, hay dos razones para ello. La primera es que el fin del marxismo oficial de la URSS liberó a Marx de la identificación pública con el leninismo en teoría y con los regímenes leninistas en la práctica. Quedó muy claro que todavía había muchas y buenas razones para tener en cuenta lo que Marx tenía que decir acerca del mundo. Sobre todo porque, y ésta es la segunda razón, el mundo capitalista globalizado que surgió en la década de 1990 era en aspectos cruciales asombrosamente parecido al mundo anticipado por Marx en el *Manifiesto comunista*. Esto quedó patente con la reacción pública en el 150 aniversario de este extraordinario panfleto en 1998, año de intensa agitación de la economía global. Paradójicamente, esta vez fueron los capitalistas, no los socialistas, quienes lo redescubrieron: los socialistas estaban demasiado desalentados para conceder demasiada importancia a este aniversario. Recuerdo mi asombro cuando se me acercó el editor de la revista de vuelo de United Airlines, de la que el 80 % de lectores debían de ser americanos en viaje de negocios. Yo había escrito un artículo sobre el *Manifiesto*, y él pensaba que sus lectores podían estar interesados en un debate acerca del mismo; ¿podía utilizar fragmentos de mi artículo? Todavía quedé más sorprendido cuando, en una comida, a finales de siglo o a principios del nuevo, George Soros me preguntó qué pensaba yo de Marx. Sabiendo lo mucho que divergían nuestras opiniones, quise evitar una discusión y le di una respuesta ambigua. «Hace 150 años este hombre», dijo Soros, «descubrió algo sobre el capitalismo que hemos de tener en cuenta».

Y era cierto. Poco después, escritores que nunca, por lo que yo sé, habían sido comunistas, empezaron a considerarlo con seriedad, como en la nueva biografía y estudio de Marx de Jacques Attali. Éste piensa también que Karl Marx tiene mucho que decir a aquellos que quieren que el mundo sea una sociedad diferente y mejor de la que tenemos hoy en día. Es bueno que nos recuerden que incluso desde este punto de vista hemos de tener en cuenta a Marx en la actualidad.

En octubre de 2008, cuando el *Financial Times* londinense publicó el titular «Capitalismo en convulsión», ya no podía haber ninguna duda de que había vuelto a la escena pública. Mientras el capitalismo global siga experimentando su mayor conmoción y crisis desde comienzos de los años treinta, no es probable que abandone dicho escenario. Además, el Marx del siglo XXI sin lugar a dudas será muy distinto del Marx del siglo XX.

Lo que la gente pensaba de Marx el siglo pasado estaba dominado por tres hechos. El primero era la división entre países en cuya agenda se encontraba la revolución, y los que no, es decir, a grandes rasgos, los países de capitalismo desarrollado del Atlántico Norte y regiones del Pacífico y el resto. El segundo hecho se desprende del primero: la herencia de Marx se bifurcó de forma natural en una herencia socialdemócrata y reformista y una herencia revolucionaria, dominada abrumadoramente por la revolución rusa. Esto se puso de manifiesto después de 1917 a causa del tercer hecho: el derrumbe del capitalismo decimonónico y de la sociedad burguesa del siglo XIX en lo que he denominado la «era de la catástrofe», entre, aproximadamente, 1914 y finales de los años cuarenta. Aquella crisis iba a servir para que muchos dudasen de si el capitalismo podría recuperarse. ¿Acaso no estaba destinado a ser reemplazado por una economía socialista tal como predijo el para nada marxista Joseph Schumpeter en la década de 1940? De hecho, el capitalismo se recuperó, pero no en su antigua forma. Al mismo tiempo, en la URSS la alternativa socialista parecía ser inmune al colapso. Entre 1929 y 1960 no parecía descabellado, ni siquiera para los numerosos no socialistas que no estaban de acuerdo con la parte política de estos regímenes, creer que el capitalismo estaba perdiendo fuelle y que la URSS estaba demostrando que podía superarlo. En el año del *Sputnik* esto no sonaba absurdo. Que sí lo era, se hizo hartó evidente después de 1960.

Estos acontecimientos y sus implicaciones en la política y la teoría pertenecen al período posterior a la muerte de Marx y Engels. Se encuentran más allá del alcance de la propia experiencia y valoraciones de Marx. Nuestro juicio del marxismo del siglo xx no se sustenta en el pensamiento de Marx, sino en interpretaciones o revisiones póstumas de sus obras. Como mucho, podemos alegar que a finales de la década de 1890, durante lo que constituyó la primera crisis intelectual del marxismo, la primera generación de marxistas, aquellos que habían tenido contacto personal con Marx, o más probablemente con Frederick Engels, empezaban ya a debatir algunos de los temas que serían relevantes en el siglo xx, especialmente el revisionismo, el imperialismo y el nacionalismo. Gran parte de los debates marxistas posteriores son específicos del siglo xx y no se encuentran en Karl Marx, en particular la disputa sobre cómo podía o debería ser en realidad una economía socialista, que surgió en gran medida de la experiencia de las economías de guerra de 1914-1918 y de las casi revolucionarias o revolucionarias crisis de posguerra.

Así pues, la afirmación de que el socialismo era superior al capitalismo como modo de asegurar el rápido desarrollo de las fuerzas de producción no pudo haber sido pronunciada por Marx. Pertenece a la era en que la crisis capitalista de entreguerras se encaraba a la URSS de los planes quinquenales. En realidad, lo que decía Karl Marx no era que el capitalismo hubiera alcanzado los límites de su capacidad para aumentar las fuerzas de producción, sino que el ritmo irregular del crecimiento capitalista provocaba crisis periódicas de superpoblación que, tarde o temprano, se revelarían incompatibles con el modo capitalista de llevar la economía y generaría conflictos sociales a los que no sobreviviría. El capitalismo era, por naturaleza, incapaz de conformar la economía resultante de la producción social. Ésta, suponía, sería necesariamente socialista.

Por consiguiente, no es de extrañar que el «socialismo» estuviera en el centro de los debates y las valoraciones de Karl Marx del siglo xx. La razón de ello no era porque el proyecto de una economía socialista sea específicamente marxista, que no lo es, sino porque todos los partidos inspirados en el marxismo compartían este proyecto y los comunistas incluso se arrogaban el haberlo instituido. Dicho proyecto,

en su forma del siglo xx, está muerto. El «socialismo», tal como se aplicó en la URSS y las otras «economías centralmente planificadas», es decir, economías dirigidas teóricamente sin mercado, propiedad del Estado y controladas por el mismo, han desaparecido y no resurgirán. Las aspiraciones socialdemócratas de construir economías socialistas habían sido siempre ideales de futuro, pero incluso como aspiraciones formales fueron abandonadas a finales de siglo.

¿Hasta qué punto era marxiano el modelo de socialismo que tenían en mente los socialdemócratas y el socialismo establecido por los regímenes comunistas? En este aspecto, es fundamental destacar que el propio Marx se abstuvo deliberadamente de hacer declaraciones específicas acerca de las economías e instituciones económicas del socialismo y no dijo nada sobre la forma concreta de la sociedad comunista, excepto que no podía ser construida ni programada, sino que evolucionaría a partir de una sociedad socialista. Estas observaciones generales que hizo sobre el tema, como las de la *Crítica del programa de Gotha* de los socialdemócratas alemanes, apenas proporcionaron una guía específica a sus sucesores, y éstos no se tomaron en serio lo que consideraron que era un problema académico o un ejercicio utópico hasta después de la revolución. Bastaba con saber que estaría basada, para citar la famosa «cláusula IV» de la constitución del Partido Laborista, «en la propiedad común de los medios de producción», alcanzable, según interpretación general, mediante la nacionalización de las industrias del país.

Curiosamente, la primera teoría de una economía socialista centralizada no fue elaborada por socialistas, sino por un economista italiano no socialista, Enrico Barone, en 1908. Nadie más pensó en ella antes de que la cuestión de nacionalizar las industrias privadas saltara a la agenda de la política práctica al final de la primera guerra mundial. En aquel momento, los socialistas se enfrentaron a sus problemas sin estar preparados y sin guía alguna del pasado ni de ningún tipo.

La «planificación» está implícita en cualquier clase de economía socialmente gestionada, pero Marx no dijo nada concreto al respecto, y cuando se puso en práctica en la Rusia soviética después de la revolución, tuvo que ser en gran parte improvisada. Teóricamente se hizo

ideando conceptos (como el análisis de entrada-salida de Leontiev)* y proporcionando estadísticas relevantes. Estos mecanismos serían más tarde ampliamente asumidos por economías no socialistas. En la práctica se llevó a cabo imitando las igualmente improvisadas economías de guerra de la primera guerra mundial, especialmente la alemana, quizá prestando especial atención a la industria eléctrica sobre la que Lenin fue informado por simpatizantes políticos entre los ejecutivos de las empresas eléctricas alemanas y americanas. La economía de guerra constituyó el modelo básico de la economía soviética planificada, es decir, una economía que se propone a priori ciertos objetivos —industrialización ultrarrápida, ganar una guerra, fabricar una bomba atómica o llevar al hombre a la luna— y después planifica cómo alcanzarlos destinando recursos sea cual fuere el coste a corto plazo. No hay nada exclusivamente socialista en ello. Trabajar para objetivos establecidos a priori puede hacerse con más o menos sofisticación, pero la economía soviética nunca fue más allá de esto. Y a pesar de que lo intentó a partir de 1960, nunca pudo salir del círculo vicioso implícito de tratar de ajustar los mercados a una estructura burocrática dirigida.

La socialdemocracia modificó el marxismo de modo distinto, bien posponiendo la construcción de una economía socialista, bien, de modo más positivo, concibiendo diferentes formas de una economía mixta. El hecho de que los partidos socialdemócratas se comprometieran a crear una economía totalmente socialista implicaba cierta reflexión sobre el tema. El pensamiento más interesante provino de pensadores no marxianos como los fabianos Sidney y Beatrice Webb, que pronosticaron una transformación gradual del capitalismo hacia el socialismo a través de una serie de reformas irreversibles y acumulativas, dotando así de pensamiento político a la forma institucional del socialismo, aunque no a sus operaciones económicas. El principal «revisionista» marxiano, Eduard Bernstein, afinó el problema insistiendo en que el movimiento reformista lo era todo y que el objetivo final no tenía realidad práctica. De hecho, la mayoría de los partidos socialdemócratas que se convirtieron en partidos de gobierno des-

* Análisis *input-output*. (N. de la t.)

pués de la primera guerra mundial se conformaron con la política revisionista, dejando que la economía capitalista operase para satisfacer las exigencias del trabajo. El *locus classicus* de esta actitud fue *El futuro del socialismo* de Anthony Crosland (1956), que esgrimía que ya que el capitalismo posterior a 1945 había solucionado el problema de producir una sociedad de la abundancia, la empresa pública (en la forma clásica de nacionalización o de otro modo) no era necesaria y la única tarea de los socialistas era la de garantizar una distribución equitativa de la riqueza nacional. Todo esto estaba muy alejado de Marx, y por supuesto de los objetivos tradicionales de los socialistas hacia un socialismo como sociedad básicamente no mercantil, que probablemente también Karl Marx compartía.

Permítanme añadir solamente que el reciente debate entre neoliberales económicos y sus críticos sobre el papel de las empresas públicas y del Estado, en principio, no es un debate específicamente marxista y ni siquiera socialista. Descansa en el intento desde la década de 1970 de trasladar una degeneración patológica del principio de *laissez-faire* a la realidad económica mediante el repliegue sistemático de los estados ante cualquier regulación o control de las actividades de empresas lucrativas. Este intento de transferir la sociedad humana al mercado (supuestamente) autocontrolado que maximiza la riqueza e incluso el bienestar, poblado (supuestamente) por actores en busca de sus propios intereses, no tenía precedente en ninguna fase anterior del desarrollo capitalista en ninguna economía desarrollada, ni siquiera en EE.UU. Era una *reductio ad absurdum* de lo que sus ideólogos leyeron en Adam Smith, igual que lo era la equivalente economía dirigida extremista de la URSS planificada al cien por cien por el Estado de lo que los bolcheviques leyeron en Marx. No es de sorprender que este «fundamentalismo de mercado», más cercano a la ideología que a la realidad económica, también fracasase.

La desaparición de las economías estatales de planificación centralizada y la práctica desaparición de una sociedad fundamentalmente transformada de las aspiraciones de los desmoralizados partidos socialdemócratas han eliminado muchos de los debates del siglo xx sobre el socialismo. Estaban en cierto modo alejados del pensamiento del propio Karl Marx, aunque en gran medida inspi-

rados en él y llevados a cabo en su nombre. Por otro lado, a través de sus obras Marx continuó siendo una enorme fuerza en tres aspectos: como pensador económico, como historiador y analista, y como el reconocido padre fundador (con Durkheim y Max Weber) del pensamiento moderno sobre la sociedad. No estoy cualificado para expresar una opinión acerca de su duradera, pero sin duda seria, trascendencia como filósofo. Indudablemente, lo que nunca perdió importancia contemporánea es la visión de Marx del capitalismo como una modalidad históricamente temporal de la economía humana y su análisis del *modus operandi* de éste, siempre en expansión y concentración, generando crisis y autotransformándose.

II

¿Cuál es la trascendencia de Marx en el siglo *xxi*? El modelo tipo soviético de socialismo, hasta ahora el único intento de construir una economía socialista, ya no existe. Por otro lado, ha habido un enorme y acelerado proceso de globalización y la mera capacidad de los humanos de generar riqueza. Esto ha reducido el poder y el alcance de la acción económica y social de los Estados-nación y, por consiguiente, las políticas clásicas de los movimientos socialdemócratas, que dependían fundamentalmente de forzar reformas a los gobiernos nacionales. Dada la prominencia del fundamentalismo de mercado, éste ha generado también desigualdades económicas extremas dentro de los países y entre regiones y ha traído de nuevo el elemento de catástrofe al ritmo cíclico básico de la economía capitalista, incluyendo lo que se convirtió en la crisis global más grave desde la década de 1930.

Nuestra capacidad productiva ha hecho posible, al menos potencialmente, que la mayoría de los humanos pase del reino de la necesidad al reino de la opulencia, educación e inimaginables opciones de vida, aunque gran parte de la población mundial todavía no haya ingresado en él. No obstante, durante gran parte del siglo *xx* los movimientos y regímenes socialistas operaban todavía fundamentalmente en este reino de la necesidad, incluso en los países ricos de Occidente,

donde emergió una sociedad de holgura popular en los veinte años posteriores a 1945. Sin embargo, en el reino de la opulencia el objetivo de una adecuada alimentación, ropa, vivienda, empleos que proporcionen un salario y un sistema de bienestar para la protección de las personas frente a los avatares de la vida, aunque necesario, ya no es un programa suficiente para los socialistas.

Un tercer acontecimiento resulta negativo. Puesto que la espectacular expansión de la economía global ha minado el entorno, la necesidad de controlar el crecimiento económico ilimitado se hace cada vez más acuciante. Hay un conflicto patente entre la necesidad de dar marcha atrás o por lo menos de controlar el impacto de nuestra economía sobre la biosfera y los imperativos de un mercado capitalista: máximo crecimiento continuado en busca de beneficios. Éste es el talón de Aquiles del capitalismo. Actualmente no podemos saber cuál será la flecha mortal.

Así pues, ¿cómo hemos de ver a Karl Marx hoy en día? ¿Como un pensador para toda la humanidad y no sólo para una parte de ella? Evidentemente. ¿Como un filósofo? ¿Como un analista económico? ¿Como padre fundador de la moderna ciencia social y guía para la comprensión de la historia humana? Sí, pero lo importante de él, y que Attali ha subrayado con toda razón, es la magnitud universal de su pensamiento. No es «interdisciplinar» en el sentido convencional, sino que integra todas las disciplinas. Como escribe Attali, «los filósofos anteriores a él pensaron en el hombre en su totalidad, pero él fue el primero en aprehender el mundo en su conjunto, que es a la vez político, económico, científico y filosófico».

Es perfectamente obvio que mucho de lo que escribió está obsoleto, y parte de ello no es, o ya no es, aceptable. También es evidente que sus obras no forman un corpus acabado, sino que son, como todo pensamiento que merece este nombre, un interminable trabajo en curso. Nadie va ya a convertirlo en dogma, y menos en una ortodoxia institucionalmente apuntalada. Esto sin duda habría sorprendido al propio Marx. Pero deberíamos rechazar también la idea de que hay una aguda diferencia entre un marxismo «correcto» y un marxismo «incorrecto». Su forma de investigar podía producir diferentes resultados y perspectivas políticas. De hecho así sucedió

con el propio Marx, que imaginaba una posible transición pacífica al poder en Gran Bretaña y los Países Bajos, y la posible evolución de la comunidad rural rusa al socialismo. Kautsky e incluso Bernstein fueron herederos de Marx tanto (o, si se prefiere, tan poco) como Plekhanov y Lenin. Por este motivo soy escéptico respecto a la distinción de Attali entre un verdadero Marx y una serie de posteriores simplificadores o falsificadores de su pensamiento: Engels, Kautsky y Lenin. Fue tan legítimo para los rusos, los primeros lectores atentos de *El capital*, interpretar su teoría como un modo de empujar países como el suyo desde el atraso hacia la modernidad a través de un desarrollo económico de tipo occidental como lo era para el propio Marx especular acerca de si una transición directa al socialismo no podía producirse sobre la base de la comuna rural rusa. En todo caso, probablemente estaba más acorde con la trayectoria general del pensamiento del propio Karl Marx. El argumento en contra del experimento soviético no era que el socialismo sólo podía construirse después de que el mundo entero hubiera pasado primero por el capitalismo, que no es lo que dijo Marx, ni puede afirmarse con seguridad que lo creyera. Era empírico. Rusia estaba demasiado atrasada como para producir otra cosa que una caricatura de una sociedad socialista, «un imperio chino de rojo» como según dicen advirtió Plekhanov. En 1917 éste habría sido el abrumador consenso de todos los marxistas, incluyendo también a la mayoría de marxistas rusos. Por otro lado, el argumento en contra de los llamados «marxistas legales» de la década de 1890, que adoptaron el criterio de Attali de que la tarea principal de los marxistas era desarrollar un floreciente capitalismo industrial en Rusia, también era empírico. Una Rusia capitalista liberal tampoco surgiría bajo el zarismo.

Sin embargo, hay una serie de características esenciales del análisis de Marx que siguen siendo válidas y relevantes. La primera, obviamente, es el análisis de la irresistible dinámica global del desarrollo económico capitalista y su capacidad de destruir todo lo anterior, incluyendo también aquellos aspectos de la herencia del pasado humano de los que se benefició el capitalismo, como por ejemplo las estructuras familiares. La segunda es el análisis del mecanismo de crecimiento capitalista mediante la generación de «contradicciones»

internas: interminables arrebatos de tensiones y resoluciones temporales, crecimiento abocado a la crisis y al cambio, todos produciendo concentración económica en una economía cada vez más globalizada. Mao soñaba con una sociedad constantemente renovada a través de una incesante revolución; el capitalismo ha hecho realidad este proyecto mediante el cambio histórico a través de lo que Schumpeter (siguiendo a Marx) denominó la interminable «destrucción creativa». Marx creía que este proceso conduciría finalmente —tendría que conducir— a una economía enormemente concentrada, que es exactamente a lo que Attali se refería cuando en una entrevista reciente dijo que el número de personas que deciden lo que sucede en ella es del orden de 1.000, o como mucho de 10.000. Marx creía que esto conduciría a la sustitución del capitalismo, una predicción que todavía me suena plausible, aunque de modo distinto al que Marx anticipó.

Por otro lado, su predicción de que tendría lugar mediante la «expropiación de los expropiadores» a través de un vasto proletariado que conduciría al socialismo no estaba basada en su análisis del mecanismo del capitalismo, sino en diferentes suposiciones a priori. Como mucho se basaba en la predicción de que la industrialización produciría poblaciones empleadas en su mayoría como asalariados manuales, tal como estaba sucediendo en Inglaterra en aquella época. Esto era bastante correcto como predicción a medio plazo, pero no, como bien sabemos, a largo plazo. Después de la década de 1840, tampoco esperaban Marx ni Engels que el capitalismo provocase el empobrecimiento políticamente radicalizador que anhelaban. Como era obvio para ambos, grandes sectores del proletariado no se estaban empobreciendo en absoluto. De hecho, un observador americano de los congresos sólidamente proletarios del Partido Socialdemócrata Alemán en la década de 1900 reparó en que los camaradas tenían el aspecto de estar «una barra de pan o dos por encima de la pobreza». Por otro lado, el evidente crecimiento de la desigualdad económica entre diferentes partes del mundo y entre clases no produce necesariamente la «expropiación de los expropiadores» de Marx. En pocas palabras, en su análisis se leían esperanzas en el futuro, pero no derivaban del mismo.

La tercera característica es mejor ponerla en palabras de sir John Hicks, galardonado con el premio Nobel de Economía. «La mayoría de aquellos que desean establecer un curso general de la historia», escribió, «utilizarían las categorías marxistas o una versión modificada de las mismas, puesto que hay pocas versiones alternativas disponibles».

No podemos prever las soluciones de los problemas a los que se enfrenta el mundo en el siglo XXI, pero para que haya alguna posibilidad de éxito deben plantearse las preguntas de Marx, aunque no se quieran aceptar las diferentes respuestas de sus discípulos.